Yo, ¿alemana?

Monique Landesmann Segall

Para mis hijos David y Vanessa

*Huir de los alemanes, huir de los alemanes.
Berlín antes, París ahora; apenas se sale de ellas
y ya se sabe que harán el mito de la ciudad perdida.
En una, el origen negado, en la otra el arraigo imposible.*

Tununa Mercado

Mi madre nació en Hirschberg, una pequeña ciudad de las Riesegebirge, la sierra de los gigantes. La ciudad pertenecía entonces a Alemania, pero en tiempos anteriores había sido parte de Polonia; una ciudad fronteriza, sujeta constantemente a los vaivenes políticos, a las guerras y a sus subsecuentes tratados de “paz”. Hoy Hirschberg está de nuevo en Polonia, en la baja Silesia, se llama Jelenia Gora. *Silesia* aparece escrito de tres maneras distintas en el diccionario francés: *Slask*, en polaco; *Schlesien*, en alemán, y *Slezsko*, en checo.

Al morir mi abuela, mi madre, huérfana de padre, se mudó a la ciudad de Berlín. Allí conoció a mi padre, oriundo de esa ciudad. Mis padres, ambos militantes comunistas, decidieron abandonar Alemania después del 27 de febrero de 1933, fecha del incendio del Reichstag. Los dirigentes nazis estaban convencidos de que el incendio era una de las señales del levantamiento comunista. A dicho miedo se sumó la fobia anticomunista de Hitler. Aunque había evidencias contundentes de que el incendio había sido obra de un solo hombre, sin conexión con grupo político alguno, se desató la persecución y la represión

contra los comunistas.¹ Por una feliz equivocación de la policía, mis padres lograron escapar cuando los fueron a buscar en un departamento equivocado del mismo edificio que el suyo. Tomaron el tren y dejaron atrás la ciudad de Berlín, la ciudad de la que tanto me habló mi madre, una ciudad que se había vuelto mítica para mí, una ciudad llena de vida, de cultura, de diversiones y con una intensa vida nocturna –y que mucho tiempo después pude imaginar a partir de *Cabaret*, la película de Bob Fosse–. Mis padres viajaron directamente a París; mi madre ya estaba embarazada de mi hermano Marcel.

Los primeros años en Francia fueron extremadamente difíciles. Mi padre, como refugiado, no tenía derecho a trabajar. Era mi madre la que sostenía a la familia. Trabajaba entonces como empleada doméstica, sometida a largas jornadas laborales. En realidad sé muy poco sobre este periodo de su historia. Sólo me viene a la mente una fotografía de mi padre, frente a un puesto de venta de ropa usada en un pasaje de París. El comercio era la única actividad que podía ejercer, aunque, supongo yo, de manera ilegal. Su aspecto físico y su ropa lucen deplorables. Quizá por eso no quise indagar más, cuando lo pude hacer, sobre la miseria de esta época. Las dificultades de supervivencia convivían, además, con los lacerantes conflictos familiares.

Pero la guerra comenzaba a hacer estragos en Europa y los acontecimientos se precipitan a partir de 1938, con la anexión de Austria por parte de Hitler, quien entra triunfalmente en Viena el 14 de marzo. En octubre del mismo año, Alemania ocupa los Sudetes checoslovacos; en marzo de 1939, invade Bohemia y Moravia; en septiembre, Polonia. Como consecuencia, Francia y Gran Bretaña declaran la guerra a Alemania, cuyos inicios son desastrosos para Francia y los aliados. El 10 de mayo Alemania invade los Países Bajos, Bélgica y Francia; el 14 de junio, los alemanes entran en París y las tropas del Reich desfilan por los Campos Elíseos, sus uniformes inundan las calles.

Por primera vez desde el inicio de la guerra han caído bombas sobre París. Al igual que miles de franceses y de refugiados judíos, mis padres emprenden el éxodo al sur de Francia, ante la inminencia de la llegada de los soldados alemanes a París. Como tantos otros, se lanzan a las carreteras con sus pocas

¹ Ian Kershaw, *Hitler*, Barcelona, Península, 2002.

pertenencias, teniendo que resolver los sucesivos problemas de alimentación, transporte y, además, escapar a los bombardeos que los acompañaron en su trayecto. De nueva cuenta, este periodo se recreó en mi recuerdo a través de las impactantes fotografías de estos pobres hombres, mujeres y niños empujando sobrecargadas carretas, caminando o montados en bicicletas, camiones, coches.

No sé porqué mis padres se refugiaron en un pequeño pueblo llamado Lacourt Saint Pierre, a 17 kilómetros al sur de la ciudad de Montauban, y que contaba entonces con menos de 500 habitantes. Allí encontraron una generosa familia de campesinos franceses que aceptaron esconderlos y que los protegieron durante toda la guerra. Mi madre se acomodó a la vida de la familia de campesinos. Colaboraba con sus tareas y los ayudó a construir letrinas: los campesinos carecían totalmente de este tipo de higiene; para mi madre, que venía de dos grandes metrópolis europeas, las diferencias culturales con esta gente eran enormes. Antes de su llegada, no habían oído hablar de los judíos, ni sabían que existían ni qué o quiénes eran.

Mientras tanto, Francia, derrotada, había firmado el armisticio con los alemanes, el 22 de junio de 1940, en el mismo tren en el que se firmó la rendición de Alemania cuando concluyó la Primera Guerra Mundial. El territorio francés se dividió en dos partes: el norte y el oeste, incluyendo París, fueron ocupados por las tropas alemanas, mientras que el suroeste permaneció como Estado francés, su capital fue Vichy y contó con una soberanía limitada. Se instauró un nuevo régimen con el mariscal Petain, quien concentraba el poder legislativo y parte del judicial. El lema *libertad, igualdad, fraternidad* fue sustituido por el de *trabajo, familia, patria*. Se estableció un nuevo estatuto para los judíos, poniendo en marcha una feroz política antisemita y de estrecha colaboración con los alemanes.² En 1942, el sur de Francia, hasta entonces “zona libre”, sería ocupado por Alemania.

Cuando finalmente nací, en diciembre de 1941, el sur de Francia era aún “zona libre”. Sin embargo, no imagino un ambiente de paz. En ese mes de diciembre, Gran Bretaña declaró la guerra a Finlandia, Hungría y Rumanía; Italia y Alemania, a Estados Unidos; Estados Unidos y Gran Bretaña, a Japón;

² *Atlas ilustrado de la Segunda Guerra Mundial*, Susaeta, Madrid.

Japón, por su parte, atacó sorpresiva y exitosamente a la armada americana en Pearl Harbor, además de invadir Malasia y Tailandia, desembarcar en Filipinas e invadir Birmania, atacar las Indias orientales holandesas y entrar en Hong Kong. Dentro de este panorama, bélico en extremo, mi madre fue a dar a luz en bicicleta a la ciudad de Montauban, lo cual siempre me ha llenado de orgullo, aunque no me haya deparado una habilidad especial para el manejo de este vehículo; la bicicleta siempre me ha parecido una maquina de una enorme poesía. Durante muchos años me ha intrigado el hecho de que, en un periodo de guerra, en condiciones de enormes riesgos y precariedad, mi madre aceptó su embarazo y su maternidad. Pienso que en ese momento poseía un impulso vital que se negaba a ceder ante las pulsiones mortales desatadas por la guerra.

A partir de la ocupación del sur de Francia por los alemanes, en 1942, nuestra situación cambió de manera drástica. Mi padre se rehusó, afortunadamente, a ir a los campos de trabajo a los cuales los judíos eran obligados a ingresar. En vez de esto, decidió huir de Francia con mi hermano, que entonces tenía ocho años. Muchos años después me relató la arriesgada –y para mí entonces heroica– travesía nocturna a Suiza. Mi hermano permaneció durante toda la guerra en Berna, con la familia de un pastor protestante suizo, la honorable familia Gnädinger, mientras que mi padre fue confinado a la ciudad de Vevey; durante todo este tiempo no visitó a mi hermano. Las autoridades suizas fueron implacables.

Por otro lado, nosotras, mi madre y yo, fuimos escondidas en un establo, así como perseguidas y aterradas por las amenazas de denuncia, muy frecuentes entonces. Fue un milagro que lográramos escapar de la persecución nazi.

Fue durante este periodo cuando *lo alemán* adquirió una enorme carga negativa para mí: el terror y la prohibición. Por una parte, el terror al soldado alemán, que significaba una amenaza de muerte. Son pocos mis recuerdos de esta época y muchos se confunden con los relatos de mi madre, también parcos, pero tengo totalmente interiorizado el miedo que me inspiraba cualquier encuentro con un uniformado alemán. Al mismo tiempo, mi vínculo con el idioma se encontraba suspendido: el alemán estaba prohibido en casa. Poseo el recuerdo de dos anécdotas relatadas por mi madre, muy significativas en este sentido. Una de ellas refiere la visita de un soldado alemán a la granja, quien me preguntó si quería un dulce. Le contesté: “Ja, ja, ja”, es decir, “Sí, sí, sí”, en alemán. Así, yo

delataba nuestros orígenes y mi madre fue presa del pánico. Para nuestra fortuna, el soldado no reaccionó o prefirió no darse por enterado. Aún me invade cierto estremecimiento cuando evoco esta anécdota. También es muy significativa la emoción que embargaba a mi madre al recordar la visita de otro soldado alemán, muy joven, quien le relató, en alemán, el horror vivido en Stalingrado. Mi madre no podía demostrar que entendía todo lo que el soldado le contaba, aunque sentía un enorme deseo de demostrarle comprensión al desconsolado muchacho. Pienso en el sufrimiento de mi madre, en el dolor que ha de haber significado reprimir todo sentimiento de simpatía por un compatriota que, asimismo, era un enemigo real.

Estos dos episodios han quedado grabados en mi memoria, no sé si porque me eran más significativos que los demás, o porque simplemente mi madre me contó muy poco sobre la guerra. La persecución nazi y sus estragos han puesto de manera natural y en permanente cuestionamiento y sufrimiento mi identidad como judía, primero, y, luego, como francesa. Durante muchos años mi relación con Alemania y con la identidad alemana no fue siquiera pensable.

La guerra concluyó el 8 de mayo de 1945 con la rendición incondicional de los alemanes. Después de la guerra viví muchos años en orfanatos para hijos de padres deportados. ¿Sabía realmente lo que eran los campos de deportación entonces? Sólo recuerdo fantasías de máquinas que mutilaban a la gente. Tenía también muchos sueños de persecución donde los alemanes trataban de matarme.³

En mi casa, después de la guerra, se hablaba siempre en alemán. Es decir, mi madre y mi padrastro hablaban siempre en alemán entre sí. También recibían visitas de otros refugiados judíos alemanes. Y hablaban en alemán. Yo entendía lo rudimentario, las frases que aludían a los aspectos cotidianos de la vida. Sin embargo, yo nunca hablaba en alemán: no podía. Vivía en un universo que me era extranjero y extraño. A lo extraño de este mundo, escindido entre el afuera y el adentro, se agregaba la presencia de mi padrastro, originario de un pequeño pueblo de Rusia. Hace apenas 15 años supe que él estuvo en el cam-

³ Hace poco tiempo vi un documental, *J'avais oublié*, sobre uno de los orfanatos donde estuve al final de la guerra. Los testimonios de los sobrevivientes coinciden en que allí nunca se hablaba de los campos ni de la muerte de los padres.

po de Mauthausen, hecho que ignoraba. Pienso que yo vivía con malestar esta situación, aunque nunca pude confesármelo cabalmente. Afuera, particularmente en la escuela, tenía vergüenza de que mi madre fuera extranjera. Ella hablaba el francés perfectamente, no recuerdo que haya tenido acento. Pero sus facciones eran alemanas: no podía ocultar sus orígenes. Yo tenía un profundo sentimiento de que éramos diferentes a las demás familias francesas, y quería aparentar ser francesa.

Cada año venían a la escuela a preguntar si había niños que no eran franceses. Yo decía que no era francesa. Pero no sabía qué era en realidad. De hecho, era apátrida. Conocí esta categoría, sin embargo, ya casi en la edad adulta. Una vez contesté, creo, que era alemana. Me parecía que alguna nacionalidad debía tener.

Mi relación con la lengua alemana tomó un giro diferente cuando empezamos a pasar nuestras vacaciones en Suiza, con mi madre y mi padrastro. Yo tenía 12 años. Mi primera salida de Francia fue para ir a conocer a la familia Gnädinger en Berna. Era la niña más infeliz del mundo, incapaz de entender las conversaciones que se establecían con ellos. Nuevamente, me sentía marginada. Recuerdo que pasé la primera noche llorando, sintiéndome sola en un mundo que no entendía, con extraños que no conocía. La señora Gnädinger era una mujer hermosa de pelo blanco que tocaba con un ímpetu excesivo el *5° concierto para piano* de Beethoven y que despertaba una sonrisa divertida en mi madre; el doctor Gnädinger era un hombre muy apuesto, calmo, que inspiraba mucha serenidad. Este viaje inauguró una nueva relación con el afuera para mí: el afuera de Francia y el idioma alemán. Se volvió el idioma de las vacaciones. Empecé a hablar y entablar conversaciones en ese idioma. Íbamos a Suiza y a Austria. Tuve también mis primeras relaciones amorosas, las cuales me obligaron a realizar mayores esfuerzos de comunicación. Curiosamente, todos mis novios siempre fueron extranjeros. Nunca tuve un novio francés. También en esta época se me hizo saber que el alemán de Suiza, el de Austria y el de Alemania, particularmente el de Berlín, nada tenían que ver entre sí. Desde luego que el alemán de Berlín era más distinguido, y desde entonces empezó a establecerse en mi mente una jerarquía entre las diferentes maneras de hablarlo.

También en esta época tuvo lugar un evento importante en mi vínculo con Alemania. Mi madre había jurado no volver a poner un pie allí, tal como lo hicieron muchos de su generación y aun de la de sus hijos. Sin embargo, mi padre vivía, creo que desde los años cincuenta, en Francfort. Cerca de cumplir los 15 años, mi madre me mandó de vacaciones a Berlín; seguramente así cumplía su deseo de retorno, sin violar su propio juramento. Fui invitada por la familia Fromm, creo que primos lejanos de mi madre. Cuando pienso en este viaje siento una especie de vergüenza. Mi hermano era militante comunista, trabajaba en el periódico *L'Humanité*; yo compartía con él sus afinidades políticas, herencia de mis padres, sin ser realmente militante. Así que cuando estuve en Berlín lo que más me interesaba era visitar Berlín oriental, cosa que despertaba un cierto malestar en la familia Fromm, habitantes de Berlín occidental. Pero ellos evocaban ciertas resonancias de la nostalgia del Berlín de antes de la guerra, sus hermosos bosques y lagos, misma nostalgia que había oído en boca de mi madre. Aunque en verdad no podía realmente oírlos, contribuyeron a sedimentar en mi mente un imaginario grandioso y melancólico sobre dicha ciudad. Siento no haber cumplido entonces con el deseo no confeso de mi madre de retornar a su ciudad y traerle algo de sus reminiscencias.

En 1960, a los 19 años y después de la muerte de mi madre, fui con mi hermano a Francfort a visitar a mi padre. No había tenido contacto con él, quizá desde los seis o siete años. Volví a experimentar esa sensación tan incómoda de entrar en un territorio extranjero y extraño. Mi padre aún hablaba francés, pero su esposa alemana no lo hacía. De todos modos él era un extraño para mí. Me recuerdo viendo la televisión, un programa de ópera, sin entender nada. Volví a ver a mi padre por última vez en 1967, cuando fui a presentarle a mi esposo, otro extranjero; aún podía sentir el denso silencio de su larga ausencia e indiferencia, y Alemania se fundía con esta sensación.

Mi relación con Alemania se actualizó inesperadamente hace poco más de un lustro, cuando llevaba ya más de 30 años en México: conocí a Juergen, profesor de la Universidad Humboldt de Berlín, al que había tenido la oportunidad de encontrarme en distintas circunstancias en congresos y seminarios que había impartido en la UNAM. Establecimos una relación de amistad rápidamente. Respetaba y valoraba su gran seriedad académica, su enorme cultura

y su trato respetuoso y amable. Juergen me hacía evocar, en cierta forma, al oficial alemán culto y respetuoso de la *Suite Francesa*, de la rusa Irène Némirovski; al de la película *El pianista*, de Roman Polanski, o al del libro de Vercors, *El silencio del mar*, en el que una joven francesa se enamora del oficial alemán que habita su casa, aunque tiene que reprimir cualquier manifestación de sus emociones y sentimientos. Este libro siempre me ha conmovido en su versión fílmica, al igual que la película *Hiroshima mon amour*, de Alain Resnais, y todas esas obras en las que mujeres francesas se enamoran de oficiales alemanes y son ferozmente humilladas después de la liberación. Entiendo lo que simbolizaban en mí: el deseo, y a la vez la imposibilidad, de establecer cualquier vínculo amoroso con mi origen. Debido a la situación de riesgo que enfrentó mi madre durante la guerra, cualquier gesto de simpatía hacía lo alemán implicaba una traición.

En 2002 invité a Juergen a dar un seminario en la UNAM; fue la ocasión para romper la formalidad de la relación de trabajo. Un día, en la terraza del Péndulo de Polanco, le confesé que su personalidad, su forma de ser me conmovían enormemente porque me evocaban, me transportaban al Berlín de mis padres, al Berlín de antes de la guerra, al bullicio cultural y artístico que yo había imaginado a partir de los pocos pero intensos recuerdos que mi madre y sus amigos berlineses me habían transmitido. Desde luego, le compartí mi enorme ilusión de regresar a Berlín. En dicha charla, después de contarle las circunstancias de mi vida durante la guerra, él me platicó las suyas propias. Después de su regreso a Alemania nos seguimos escribiendo y reconociéndonos como atravesados por una misma circunstancia histórica, la cual desde luego, nos había dejado huellas muy distintas, por razones obvias. Poco tiempo después, en septiembre de 2003, Juergen me invitó a realizar una estancia de investigación en su universidad en Berlín.

El viaje a Berlín ha sido uno de los más estimulantes y conmovedores de mi existencia. A cuatro años de distancia aún me resulta difícil recuperar la rica y compleja experiencia vivida durante apenas 15 días, dos intensas semanas. Viví Berlín como una gran obra en construcción, tal como lo evoca el título *Berlín-Chantiers*,⁴ el magnífico libro de Régine Robin: una ciudad con las heridas abiertas

⁴ Régine Robin, *Berlin Chantiers. Essai sur les passés fragiles*, París, Stock, 2001.

y, también, un enorme rompecabezas en donde pude recorrer algunos trazos de la historia de mi familia, que ignoraba totalmente, pero que pude recuperar gracias a los museos, los vestigios y los monumentos: la tumba de mi abuelo; el desaparecido edificio donde vivió mi padre; la Neue Synagoge en Orianenburgstr –tres veces destruida: por los nazis, por los aliados y por los alemanes del este; y reconstruida–, allí donde probablemente mi abuelo, judío ortodoxo, iba a rezar y en donde pude conocer las condiciones de vida de la comunidad judía antes y durante la guerra; el nuevo edificio del Reichstag, que tuvo tanta significación para mi destino; el museo judío de Berlín, en donde tomé conciencia de los únicos dos destinos posibles para mis padres, el exilio o la muerte, lo que me hacía una sobreviviente de los campos... Puedo sentir aún el estremecimiento que me produjo ver en el cementerio donde está sepultado mi abuelo las tumbas con nombres y con fechas de deceso: 1942–1943.

Antes de Berlín, aparte de los escasos recuerdos personales de la guerra, mi historia se fundía con los relatos de horror de los sobrevivientes judíos de la guerra y con los que el cine y la literatura mostraban. Berlín me permitió reapropiarme de y, de cierta manera, imaginar un segmento de la historia de mi familia, de mi propia historia. Dicho proceso de recuperación adquirió matices particulares porque, al mismo tiempo, pude sentir en esa ciudad la vitalidad que había tenido cuando mis padres vivían en ella. Y porque también podía hacerlo gracias a la amistad de Juergen y su esposa Bruni, sin olvidar el apoyo de Martine, su secretaria francesa.

Todavía no termino de procesar mi relación con Alemania. No he vuelto a Berlín. No puedo tomar, no racionalmente, la decisión de regresar. Mi historia con Alemania es un aluvión de recuerdos, de fantasías, de cuentos, de imágenes, de sentimientos, algunos de ellos profundamente enterrados, y tengo miedo de lo que pueda emerger a la superficie de mi memoria de manera incontrolada e inesperada. Mi relación con Alemania es una amalgama, una superposición de capas que no se funden entre sí; puedo viajar a través de algunas de ellas y encontrarme con una diversidad de emociones contradictorias y que se niegan a morir y armonizar. Con esto tendré que seguir viviendo. ❧

Cerrada del Rayo, México, 2007.